CESAR VALLEJO

VOZ VIVA DE AMERICA LATINA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO / DIRECCION GENERAL DE DIFUSION CULTURAL

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

PRESENTACIÓN

por Alejandro Romualdo

EL HUMANISMO DE CÉSAR VALLEJO

"YO NACÍ UN DÍA
QUE DIOS ESTUVO ENFERMO": *Los heraldos negros*

En un pueblecillo de las sierras de La Libertad, Santiago de Chuco, hacia el norte del Perú, el 16 de marzo de 1892, nace César Abraham Vallejo Mendoza, de escarpado origen cantábrico y andino. Allí permanece durante su infancia y parte de su juventud.

Las profundas vivencias de los sucesos cotidianos, la vida familiar y aldeana, el paisaje tierno y eglógico, harán el humus propicio en donde se abrirán, hondamente simbólicas, las páginas de su primer libro, *Los heraldos negros,* cuya aparición fue saludada más tarde por José Carlos Mariátegui como "el orto de una nueva poesía en el Perú". Vibraba en este libro un sentimiento particular e intransferible, vernáculo. "En estos versos del pórtico de *Los heraldos negros* —señala Mariátegui— principia acaso la poesía peruana. (Peruana, en el sentido de indígena.)"

La gran novedad de *Los heraldos negros* reside no tanto en la presencia ornamental y fulgurante de dioses perfectos, que centellean de furia o amor en un Olimpo inaccesible, cuanto en su doméstica, prosaica pero prodigiosa humanización en el espacio de un modesto hogar terrestre. Contrariando a Júpiter, a Rubén y a toda la mitología modernista, Vallejo transforma al cisne en hombre y lo arroja al centro de un "charco de culpa":

> "Y el hombre... Pobre...pobre ¡Vuelve los ojos, como
> cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
> vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
> se empoza, como charco de culpa en la mirada."

> "Dios mío, si tú hubieras sido hombre,
> hoy supieras ser Dios;
> pero tú, que estuviste siempre bien,
> no sientes nada de tu creación.
> Y el hombre sí te sufre: el Dios es él!"

Situado en medio del sufrimiento, el hombre es tal porque es hijo y padre del dolor, pues ha creado un paradójico olimpo donde él mismo es el último lugar de su creación, un "dios desgraciado", una criatura impotente y ajena. Dos mil años de cristianismo no han pasado en vano, al menos para el hombre que lo sufre.

Girando sobre su propia experiencia personal, toda la poesía de Vallejo establecerá un universo lacerante, antropocéntrico, desplazándose desgarradoramente en un palpitante y estremecedor movimiento de traslación alrededor del hombre contemporáneo. De ahí que sea la travesía poética más solitaria y dolorosa, pero también la más lúcida y solidaria.

Como quizá en ninguno de sus coetáneos, en Vallejo se da, genuinamente moldeada, esa rara medalla que, en inseparable unidad, suelda su vida y su obra en un sólo rostro de dramático perfil universal, como el más contundente testimonio de su sinceridad artística y humana.

Desde su primera obra, Vallejo está obsedido por la felicidad de las criaturas terrestres, compadeciéndose hasta del sufrimiento de los insectos:

> "Es una araña enorme que ya no anda;
> una araña incolora, cuyo cuerpo,
> una cabeza y un abdomen, sangra.
> .....
> Y he pensado en sus ojos
> y en sus pies numerosos...
> ¡Y me ha dado qué pena esa viajera!"

Dice bien el poeta Juan Larrea cuando observa que en la poesía de Vallejo existe, como necesidad de ese amor generoso, una constante "tendencia hacia la universalidad y al absoluto colectivo". una imperiosa urgencia de fraternal unidad:

> "¡Oh unidad excelsa! ¡Oh lo que es uno
> por todos!
> ¡Amor contra el espacio y contra el tiempo!
> ¡Un latido único de corazón
> un sólo ritmo: Dios!"

> "Hay un vacío
> en mi aire metafísico..."

Vallejo ansía colmar ese vacío con números y ritmos, creando

pitagóricamente una dulce y divina geometría, aritmética platónica que duplica o triplica a los seres en puro amor:

"En nombre de esa pura
que sabía mirar hasta ser 2."

Esta matemática del corazón puede ser capaz de sumar a los seres en una perfecta Unidad, a fuerza de argumentarse pascalianamente con razones cordiales que todavía su razón desconoce, pero que, más adelante, consciente ya de su propia y trágica situación histórica, en descarnados desdoblamientos ontológicos, iluminarán racionalmente su pasión solidaria. Pero lo ciego y lo fatal (los heraldos negros, el azar, el destino), impiden al hombre alcanzar la felicidad, la libertad "suprema", entendida aun como liberación póstuma del alma y abandono de "este valle de lágrimas, a donde nunca dije que me trajeran".

Pero Vallejo está dispuesto a dar la batalla por alcanzarla, sin más armas que las del corazón:

"Hay tendida hacia el fondo de los seres,
un eje ultranervioso, honda plomada.
¡La hebra del destino!
Amor desviará tal ley de vida,
hacia la voz del Hombre;
y nos dará la libertad suprema
en transubstanciación azul, virtuosa,
contra lo ciego y lo fatal."

Actuando como lúgubres mensajeros, lo ciego y lo fatal destruyen las posibilidades humanas de realizarse felizmente. La frustración es la orden del día y de la noche del hombre. Lo ciego y lo fatal son todavía la inmensa pared de cristal donde el poeta se estrella como un insecto en busca de la celeste, ilusoria libertad:

"Chasquido de moscón que muere
a mitad de su vuelo y cae a tierra.
¿Qué dice ahora Newton?"

El Destino, ese "mitrado monodáctilo", opone a cada deseo una dura realidad, invisible e imprevisible, fatal, que el poeta no concibe ni siquiera como los límites teológicos de su albedrío, menos aún como materia prima y base necesaria de su ciega libertad. En esta situación —juguete y no arquitecto de su propio destino— sólo el Amor trasmutará, virtuosa y azulmente, esa fatalidad en libertad "suprema", y le será otorgada al Hombre. La potencia dialéctica del Amor (más plotiniano que platónico), oficiará ese milagro, cambiando "tal ley de vida". Entre tanto, las fuerzas ciegas y umbrías de la necesidad actúan bárbaramente, como golpes sangrientos "del odio de Dios". Ante tanta inexplicable adversidad, resulta paradójicamente lógico que Vallejo exclame:

"Absurdo, sólo tú eres puro."

Víctima de sus carniceras condiciones de existencia, hombre por el sufrimiento, con hambre y sed de libertad y justicia en medio de un mundo incomprensible e injusto, el ser humano trata de alcanzar la dicha en un Absoluto que fusione todas las antinomias. Vallejo lo percibe por encima del "sofisma del Bien y la Razón", los cuales, a pesar de su reproche contradictorio pero imperativo, cercenan categóricamente su alma en luces y sombras tajantes, como un cuchillo de doble filo ascético y estoico: el bien y el mal, el odio y el amor, la desgracia y la felicidad, la vida y la muerte, contienden como criaturas polares que se atraen y se repelen en un circo de arenas ensangrentadas cuyo centro agonal es la propia ánima lacerada y absorta del poeta.

Testimonio del aherrojamiento y de su soledad, el hombre que nada tiene y nada le pertenece, reflexiona:

"Todos mis huesos son ajenos;
yo tal vez los robé.
Yo vine a darme lo que acaso estuvo
asignado para otro;
y pienso que si no hubiera nacido
otro pobre tomara este café!"

Aquí ya no existe ni siquiera propiedad individual. Sintiéndose culpable de un robo biológico que no ha cometido, Vallejo testimonia penosamente el despojo total de humanidad que la sociedad le ha hecho al hombre, hasta el extremo demencial de sentir ajeno el único y frágil soporte de su materia: el esqueleto. Su caída existencial en el mundo ocasiona un conflicto de pura sepa malthusiana: es un intruso cuyo solo derecho a la existencia ocasiona automáticamente la desgracia del prójimo. El hombre se halla atrapado en una red de feroces contradicciones. Vallejo canta y confiesa en su jaula:

"en el árbol cristiano yo colgué mi nidal".

Su canción volará más tarde de ese árbol, llevándose en el alma una rama desgajada para plantarla en el gran bosque de la hecatombe española.

"ESTA MAYORÍA INVÁLIDA DE HOMBRE": *Trilce*

Vallejo va creciendo, humana y poéticamente. A los cuatro años de publicado *Los heraldos negros*, universalizando cada vez más las tragedias de su propio hogar, que es la fuente inmediata de sus reflexiones existenciales, aparece *Trilce*, ese extraño poliedro verbal, de insólitos planos semánticos que se resuelven en agrestes aristas: palabras secas y acres, que se ordenan eléctricamente en hojas agresivas hasta hacer un árbol purpúreo de desollada ternura que, sin embargo, florece. Pero el libro cae en el más ominoso silencio. Nadie se ha hecho eco de este lenguaje que nace crispado como un recién nacido, y empieza a andar a gatas, tanteando en la oscuridad de un idioma nuevo. Profundamente herido, Vallejo da un testimonio espeluznante de su creación: "El libro ha nacido en el mayor vacío. Soy responsable de él. Asumo toda la responsabilidad de su estética. Hoy, y más que nunca quizás, siento gravitar sobre mí, una hasta ahora obligación sacratísima, de hombre y artista: ¡la de ser libre! Si no he de ser hoy libre, no lo seré jamás. Siento que gana el arco de mi frente su más imperativa fuerza de heroicidad. Me doy en la forma más libre que puedo y esta es mi mayor cosecha artística. ¡Dios sabe hasta dónde es cierta y verdadera mi libertad! ¡Dios sabe cuánto he sufrido para que el ritmo no traspasara esa libertad y cayera en libertinaje! ¡Dios sabe hasta qué bordes espeluznantes me he asomado, colmado de miedo, temeroso de que todo se vaya a morir a fondo para que mi pobre ánima viva!"

José Carlos Mariátegui comentará: "Éste es inconfundiblemente el acento de un verdadero creador, de un auténtico artista. La confesión de su sufrimiento es la mejor prueba de su grandeza."

En *Trilce* continúa la corriente humanista, pero revuelta en

aguas de amargo humor. Las palabras brotan acezantes, articuladas por el sufrimiento o la protesta, en aras de la más hermosa solidaridad. Pero el Destino sigue impidiendo la libertad y la felicidad:

"Yo me busco
en mi propio designio que debió ser obra
mía, en vano: nada alcanzó a ser libre."

"A veces doyme contra todas las contras,
y por ratos soy el alto más negro de los ápices
en la fatalidad de la Armonía."

En medio de todas las mutilaciones sufridas (la muerte de la madre, del hermano, la destrucción del hogar, la ausencia de la amada), empieza al acoso económico, la lucha por la vida que va colocando al hombre en el campo de batalla más sangriento: la sociedad con sus escalas zoológicas en donde el individuo sufre, no como un hombre sino como una bestia, por su existencia material:

"Todos los días amanezco a ciegas
a trabajar para vivir: y tomo el desayuno,
sin probar gota de él, todas las mañanas."

Sin embargo, Vallejo suple esa ilusoria ración con un festín metafísico:

"...Nadie
sabe mi merienda suculenta de unidad:
legión de oscuridades, amazonas de lloro."

En medio de un mundo roto, cuyos fragmentos recogen en trozos la imagen de un hombre imperfecto, el poeta no cesa de buscar la Armonía, la Unidad, en la fuerza amorosa:

"La esfera terrestre del amor
que rezagóse abajo, da vuelta
y vuelta sin parar segundo
y nosotros estamos condenados a sufrir
como un centro su girar."

Trilce está hecho de las mismas sustancias físicas y metafísicas que *Los heraldos negros,* porque las mismas hambres prevalecen sin saciarse; el plato vacío puede ser en otro momento una hostia igualmente vacía, o viceversa. Vallejo, que ha empezado a sufrir concretamente los golpes de su propio ignorado designio, posee una vaga conciencia de lo que acontece en el mundo: los hombres que caminan, sufren y procrean, no son hombres. En una imagen especular platonizante, hace de la muerte el original y del espejo la vida. Los hombres no pueden vivir, están muertos; la vida no es tal, no puede ser ese cristal donde pasan los hombres como el azogue:

"Os digo, pues que la vida está en el
espejo, y que vosotros sois el original,
la muerte.
.....
"Estáis muertos, no habiendo antes vivido
jamás. Quienquiera diría que, no siendo ahora, en otro tiempo fuísteis. Pero, en verdad, vosotros sois los cadáveres de una vida que nunca fué. Triste destino el no haber sido sino muertos siempre. El ser hoja
seca sin haber sido verde jamás. Orfandad
de orfandades.
Y sin embargo, los muertos no son, no pueden ser cadáveres de una vida que todavía
no han vivido.
Ellos murieron siempre de vida.
Estáis muertos."

Los seres mueren de vida: llevan una existencia ficticia, una vida que no es vida, el mismo sufrimiento que los transforma en puros reflejos o reverberaciones fantasmales. Ante esas siniestras ficciones de vida, Vallejo quiere alejarse:

"Si lloviera esta noche, retiraríame
de aquí a mil años."

"¿Cuándo vendrá el domingo
bocón y mudo del sepulcro
a llevarse este sábado de harapos?"

y pide, resolviéndose en contradicciones elementales:

"...o que me entierren
mojado en el agua
que surtiera de todos los fuegos".

El hombre, el "dios desgraciado", es ahora una víspera miserable, un "sábado de harapos" que aguarda un día como una fiesta de resurrección en donde poder realizar plenamente su existencia, la misma que aparece mutilada, imperfecta, en la imagen de la diosa del Amor:

"¿Por ahí estás Venus de Milo?
Tú manqueas apenas pululando
entrañada en los brazos plenarios
de la existencia,
de esta existencia que todaviiza
perenne imperfección."

La estatua cercenada es todo un símbolo de frustración que resonará más allá de *Trilce,* "a raíz de cuanto no florece". Y frente a la evidente y flagrante realidad, que contradice y afirma su desasosiego, se dirá resignadamente:

"Cristiano espero, espero siempre."

"Y preguntamos por el eterno amor
por el encuentro absoluto."

"SI MUERES DE TU EDAD ¡AY! Y DE TU ÉPOCA": *Poemas humanos*

Todo lo que en *Los heraldos negros* y *Trilce* se manifiesta oscura, aciaga y ciegamente, alcanza en sus últimas obras una clara conciencia de sus causas. Aquel "fósforo y fósforo en la oscuridad" tomará las proporciones de un incendio humanísimo en donde todo su ser arderá como una zarza sin quemarse:

"al pie del frío incendio en que me acabo".

La alienación del hombre, deshumanizado en una historia natural más que social, en un tiempo y una geografía inhumanos, es sufrida singularmente por Vallejo en primera persona y en todo tiempo.

Hace muchos años que se desterró del Perú ("adonde no volveré hasta que quede piedra sobre piedra"). Son los años más intensos, fértiles y dramáticos de su corta existencia, sacudida de polo a polo por todos los acontecimientos que estremecen al mundo actual.

Colocado en el centro de los acontecimientos históricos, la lucha de clases encuentra en Vallejo al hombre de una ética revolucionaria incorruptible y al autor del más extraordinario canto al pueblo español: *España, aparta de mí este cáliz.*

Vallejo se ha situado:

> "Más acá de la cabeza de Dios,
> en la tabla de Locke, de Bacon, en el lívido
> pescuezo de la bestia, en el hocico del alma."

En pleno empirismo, la experiencia directa de la lucha social le ha demostrado que "El hombre procede suavemente del trabajo." Pero todo no queda en esa histórica constatación, sino que, dentro de la sociedad en que vive y se desvive, el hombre "repercute jefe, suena subordinado". Ya no es un "dios desgraciado", pues poseería una traza de poder divino, es simplemente "desgraciado mono" o "Señor esclavo: el hombre." Señor esclavo. Dos categorías sociales conjugadas contradictoriamente definen a esa criatura que aún pugna por alcanzar su total humanidad, pues hasta ahora no es sino "un inmenso documento de Darwin", "cautivo en su enorme libertad".

La poesía de Vallejo se hace cada vez más conceptual y afectiva, más intensa y crítica, como si el cerebro y el corazón trataran de alumbrarse mutuamente en una milagrosa armonía.

A punta de golpes, Vallejo ha comprendido que debe luchar contra otros heraldos, esta vez bien caracterizados, para alcanzar realmente la vieja y ansiada libertad. El humanitarismo de sus primeras canciones halla su vertebración cálida en el humanismo concreto del hombre que combate prácticamente por la salvación de sí mismo y de la humanidad, dentro de los límites de hierro de la necesidad histórica:

> "Hacedlo por la libertad de todos,
> del explotado y del explotador."

La vida le ha enseñado que la liberación del hombre se halla precisamente en aquellos que, como él, en las duras condiciones de su existencia, han perdido todo, hasta su propia humanidad y que, al conquistarla en su "batalla de pasiones", liberarán incluso a sus propios opresores, dándoles su exacta dimensión de hombres reales.

El viejo amor, cuya platónica dialéctica trasmutaría lo ciego y lo fatal en la libertad suprema, absoluta, que buscaba inútilmente con la desaparición de su ser, lo hallará en la afirmación de su propia persona a través de otras negaciones, marchando en obra y alma, prácticamente, en el movimiento consciente de los procesos inconscientes:

> "Obrero, salvador, redentor nuestro,
> ¡perdónanos, hermano, nuestras deudas!"

Pero el hombre no es todavía un hombre. Es el "jovencito mono" que, situado en la sociedad como dentro de una jaula, una cárcel, un laboratorio o un hospital (cosas que el propio poeta vivió), está "sujeto a tenderse como objeto".

Las relaciones humanas son todavía una extraña comunicación inhumana: señales entre cosas que se despedazan mutuamente. De esta manera, ante sí mismo, ante su "cuadrúpedo intensivo", se extraña. El hombre se desdobla y se objetiva:

> "Hombre mío, en rechazo y observación."

La enajenación se convierte en procedimiento poético:

> "Sé que hay una persona compuesta de mis partes
> a la que integro cuando va mi talle."
>
> "A lo mejor soy otro: andando al alba otro que marcha."

La búsqueda de la fraternidad es incesante y dolorosa. Así como creyó ser un mal ladrón de sus propios huesos, dañando a su prójimo, ahora también sabe que, en este combate, no puede complacer a todo el mundo por igual, aunque ansía la dicha de todos:

> "¿Cómo ser
> y estar, sin darle cólera al vecino?"

Comprende contradictoriamente que tiene que pelear:

> "pelear por todos y pelear
> para que el individuo sea un hombre,
> para que los señores sean hombres,
> para que todo el mundo sea un hombre, y para
> que hasta los animales sean hombres,
> el caballo, un hombre,
> el reptil, un hombre,
> el buitre, un hombre honesto,
> la mosca, un hombre, y el olivo, un hombre
> y hasta el ribazo, un hombre
> y el mismo cielo, todo un hombrecito!"

Un gran terremoto —de otro signo que el kierkegaardiano— ha hecho saltar la esfera y las agujas de cristal de aquel amor perfecto e imposible. Recogiendo esos fragmentos, Vallejo trata de recomponer con ellos la verdadera imagen del hombre pleno. Por eso esta poesía está traspasada de choques emocionales, conmociones de razones y sinrazones, trabadas en raíces profundamente sinceras, que avanzan por entre un "caos teórico y práctico" hacia la comprensión del sufrimiento social, abriendo posibilidades de luz en donde antes se rompía el alma contra el absurdo.

En esta trayectoria —divina, animal y humana— la potencia imaginativa de Vallejo no se agota en vanas fosforescencias literarias. No quiere ser un mágico prodigioso levantando sobre el papel poemas centelleantes, como esos palacios rosados y tenues que el sol enciende en los arenales, y que, al cabo de la ilusión, no dejan más huella que una mancha de sol en los ojos. Su poesía no quiere deslumbrar sino sacudir; no pretende encantar sino estremecer:

> "Un cojo pasa dando el brazo a un niño
> ¿Voy, después, a leer a André Breton?"
>
> "Otro tiembla de frío, tose, escupe sangre
> ¿Cabrá aludir jamás al Yo profundo?"
>
> "Otro busca en el fango huesos, cáscaras
> ¿Cómo escribir, después, del infinito?"
>
> "Un albañil cae del techo, muere y ya no almuerza
> ¿Innovar, luego, el tropo, la metáfora?"

Toda su estética está concretada en este poema.

"ME MORIRÉ EN PARÍS CON AGUACERO"

La guerra civil española será también su última batalla. Vallejo representará uno de los papeles más dramáticos en esa tragedia. Ya no le queda más que la muerte y la desgracia para celebrar el triunfo de su cálido humanismo:

"Ello explica, en fin, esta lágrima que brindo
por la dicha de los hombres."

La dicha de los hombres, lo que siempre buscó y que, ahora como antaño, ve destrozada. En España está la humanidad luchando contra nuevos y más feroces heraldos negros. Como en *Guernica* de Picasso, en estos poemas los planos verbales chocan y se entrecruzan en tonos sombríos y lacerantes blancuras; son fragmentos incandescentes de un verbo erizado que estalla en esquirlas arrojadas por el más vívido de los sentimientos: el amor. Ese amor que finalmente triunfará sobre la muerte, la maldad y el destino, porque "el hombre ha de ser bueno, sin embargo".

Próximo está el fin. El hambre, la miseria, y sobre todo la infame intriga y la calumnia política de quienes lo tuvieron tan cerca —y lucen hoy condecoraciones solares y oficiales— sepultaron en el silencio su obra, arrinconaron a este "diáfano antropoide" que luchó no sólo para dar de comer al hambriento, sino por la transformación del hombre:

"jamás como hoy, me he vuelto
con todo mi camino a verme solo".

"César Vallejo ha muerto, le pegaban
todos sin que él les haga nada..."

"Confianza en el anteojo, no en el ojo;
en la escalera, nunca en el peldaño;
en el ala, no en el ave
y en ti sólo, en ti sólo, en ti sólo."

"Oh mis buenos amigos, cruel falacia."

La vida y la obra de Vallejo no es moneda de dos caras.

Presintiendo que todo va a terminar, se despide de católicos y protestantes, cartesianos y materialistas dialécticos, hermanándolos en su saludo final:

"¡Adiós, hermanos san pedros,
heráclitos, erasmos, espinozas¡

"¡Adiós, tristes obispos bolcheviques!
¡Adiós, gobernadores en desorden!

"¡Adiós también me digo a mí mismo,
adiós, vuelo formal de los miligramos!"

Pero antes de morir, Vallejo lanzará una letanía admonitiva, previniendo a los "niños de España", a los que más tarde serán hombres, contra los futuros traidores, farsantes, falsos y filisteos redentores, hipócritas y calumniadores, cobardes o intrigantes:

"¡Cuídate, España, de tu propia España!
¡Cuídate de la hoz sin el martillo!
¡Cuídate del martillo sin la hoz!
¡Cuídate de la víctima a pesar suyo
del verdugo a pesar suyo
y del indiferente a pesar suyo!"
"Cuídate del que, antes de que cante el gallo,
negárate tres veces¡"
"¡Cuídate del leal ciento por ciento!"
"¡Cuídate de los nuevos poderosos!"
"¡Cuídate de los que te aman!"
"¡Cuídate de la República!
¡Cuídate del futuro!"

Y el 16 de abril de 1938, muere —"de vida y no de tiempo"— en un París lluvioso.

"AL FIN DE LA BATALLA Y MUERTO EL COMBATIENTE"

Vallejo ha pagado con su vida la comprensión total de su humanismo. Lo ciego y lo fatal, la libertad, el destino, el amor, han encontrado su sitio definitivo en *España, aparta de mí este cáliz,* el final de un arco cuyo extremo sombrío despunta en *Los heraldos negros* para caer, heroica y gloriosamente, con los más violentos colores del iris, en estos poemas, como sobre una tierra verdísima en donde el hombre alcanzará finalmente su propia enajenada humanidad y "la espiga será por fin espiga".

No podía haberse perdido esta palabra para siempre. Hay demasiadas huellas de su paso en el trato familiar que tuvieron con las cosas domésticas, los utensilios cotidianos entre los cuales el poeta se movió con singular delicadeza en su cuarto universal. Por que Vallejo hizo de la casa —que nunca tuvo—, del hogar —que perdió para siempre—, la más amable habitación del mundo, la gran pieza estelar y cordial para toda la humanidad, en donde no faltó el mapa del sufrimiento: España.

Sin nada que perder, porque todo lo perdió, sólo dejó su muerte para expresar su vida: al fin de su batalla, y muerto, es únicamente la fuerza de la solidaridad universal, es solamente el infinito poder de nuestro amor activo y creador, el que lo levanta —Lázaro redivivo— y lo conduce, inmortal, hasta hoy, hasta nosotros "Ardiendo, comparando,
viviendo, enfureciéndose,
golpeando, analizando, oyendo, estremeciéndose,
muriéndose, sosteniéndose, situándose, llorando...

CARA I
17'24"

ESPERGESIA

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Todos saben que vivo,
qué soy malo; y no saben
del diciembre de ese enero.
Pues yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Hay un vacío
en mi aire metafísico
que nadie ha de palpar:
el claustro de un silencio
que habló a flor de fuego.

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Hermano, escucha, escucha...
Bueno. Y que no me vaya
sin llevar diciembres,
sin dejar eneros.
Pues yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Todos saben que vivo,
que mastico... Y no saben
por qué en mi verso chirrian,
oscuro sinsabor de féretro,
luyidos vientos
desenroscados de la Esfinge
preguntona del Desierto.

Todos saben... Y no saben
que la Luz es tísica,
y la Sombra gorda...
Y no saben que el Misterio sintetiza...
que él es la joroba
musical y triste que a distancia denuncia
el paso meridiano de las lindes a las Lindes.

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo,
grave.

A MI HERMANO MIGUEL

In memoriam

¡Hermano, hoy estoy en el poyo de la casa,
donde nos haces una falta sin fondo!
Me acuerdo que jugábamos esta hora, y que mamá
nos acariciaba: "Pero, hijos..."

Ahora yo me escondo,
como antes, todas estas oraciones
vespertinas, y espero que tú no des conmigo.
Por la sala, el zaguán, los corredores.
Después, te ocultas tú, y yo no doy contigo.
Me acuerdo que nos hacíamos llorar,
hermano, en aquel juego.

Miguel, tú te escondiste
una noche de agosto, al alborear;
pero, en vez de ocultarte riendo, estabas triste.
Y tu gemelo corazón de esas tardes
extintas se ha aburrido de no encontrarte. Y ya
cae sombra en el alma.

Oye hermano, no tardes
en salir. ¿Bueno? Puede inquietarse mamá.

LOS PASOS LEJANOS

Mi padre duerme. Su semblante augusto
figura un apacible corazón;
está ahora tan dulce...
si hay algo en él de amargo, seré yo.

Hay soledad en el hogar; se reza;
y no hay noticias de los hijos hoy.
Mi padre se despierta, ausculta
la huida a Egipto, el restañante adiós.
Está ahora tan cerca;
si hay algo en él de lejos seré yo.

Y mi madre pasea allá en los huertos,
saboreando un sabor ya sin sabor.
Está ahora tan suave,
tan ala, tan salida, tan amor.

Hay soledad en el hogar sin bulla,
sin noticias, sin verde, sin niñez.
Y si hay algo quebrado en esta tarde,
y que baja y que cruje,
son dos viejos caminos blancos, curvos.
Por ellos va mi corazón a pie.

DIOS

Siento a Dios que camina
tan en mí, con la tarde y con el mar.
Con él nos vamos juntos, Anochece.
Con él anochecemos. Orfandad...

Pero yo siento a Dios. Y hasta parece
que él me dicta no sé qué buen color.
Como un hospitalario, es bueno y triste;
musita un dulce desdén de enamorado:
debe dolerle mucho el corazón.

Oh, Dios mío, recién a ti me llego,
hoy que amo tanto en esta tarde; hoy
que en la falsa balanza de unos senos,
mido y lloro una frágil Creación.

Y tú, cuál llorarás... tú enamorado
de tanto enorme seno girador...
Yo te consagro Dios, porque amas tanto;
porque jamás sonríes; porque siempre
debe dolerte mucho el corazón.

EL POETA A SU AMADA

Amada, en esta noche tú te has sacrificado
sobre los dos maderos curvados de mi beso;
y tu pena me ha dicho que Jesús ha llorado,
y que hay un viernesanto más dulce que ese beso.

En esta noche rara que tanto me has mirado,
la Muerte ha estado alegre y ha cantado en su hueso.
En esta noche de setiembre se ha oficiado
mi segunda caída y el más humano beso.

Amada, moriremos los dos juntos, muy juntos;
se irá secando a pausas nuestra excelsa amargura;
y habrán tocado a sombra nuestros labios difuntos.

Y ya no habrán reproches en tus ojos benditos;
ni volveré a ofenderte. Y en una sepultura
los dos nos dormiremos, como dos hermanitos.

LOS DADOS ETERNOS

¡Dios mío, estoy llorando el ser que vivo;
me pesa haber tomádote tu pan;
pero este pobre barro pensativo
no es costra fermentada en tu costado:
tú no tienes Marías que se van!

¡Dios mío, si tú hubieras sido hombre,
hoy supieras ser Dios;
pero tú, que estuviste siempre bien,
no sientes nada de tu creación.
Y el hombre sí te sufre: el Dios es él!

Hoy que en mis ojos brujos hay candelas,
como en un condenado,
Dios mío, prenderás todas tus velas,
y jugaremos con el viejo dado...
Tal vez ¡oh jugador! al dar la suerte
del universo todo,
surgirán las ojeras de la Muerte,
como dos ases fúnebres de lodo.

Dios mío, y esta noche sorda, oscura,
ya no podrás jugar, porque la Tierra
es un dado roído y ya redondo
a fuerza de rodar a la ventura,
que no puede parar si no en un hueco,
en el hueco de inmensa sepultura.

TODOS LOS DÍAS AMANEZCO A CIEGAS

a trabajar para vivir: y tomo el desayuno,
sin probar ni gota de él, todas las mañanas.
Sin saber si he logrado, o más nunca,
algo que brinca del sabor
o es sólo corazón y que ya vuelto, lamentará
hasta dónde esto es lo menos.

El niño crecería ahito de felicidad
oh albas,
ante el pesar de los padres de no poder dejarnos
de arrancar de sus sueños de amor a este mundo;
ante ellos que, como Dios, de tanto amor
se comprendieron hasta creadores
y nos quisieron hasta hacernos daño.

Flecos de invisible trama,
dientes que huronean desde la neutra emoción,
pilares
libres de base y coronación,
en la gran boca que ha perdido el habla.

Fósforo y fósforo en la oscuridad,
lágrima y lágrima en la polvadera.

OH LAS CUATRO PAREDES DE LA CELDA

Ah las cuatro paredes albicantes
que sin remedio dan al mismo número.

Criaderos de nervios, mala brecha,

por sus cuatro rincones, cómo arranca
las diarias aherrojadas extremidades.

Amorosa llavera de innumerables llaves,
si estuvieras aquí, si vieras hasta
qué hora son cuatro estas paredes.
Contra ellas seríamos contigo, los dos,
más dos que nunca. Y ni lloraras,
dí, libertadora!

Ah las paredes de la celda.
De ellas me duele entretanto más
las dos largas que tienen esta noche
algo de madres que ya muertas
llevan por bromurados declives,
a un niño de la mano cada una.

Y sólo yo me voy quedando,
con la diestra, que hace por ambas manos,
en alto, en busca de terciario brazo
que ha de pupilar, entre mi dónde y mi cuándo,
esta mayoría inválida de hombre.

UN HOMBRE PASA CON UN PAN AL HOMBRO

¿Voy a escribir, después, sobre mi doble?

Otro se sienta, ráscase, extrae un piojo de su axila, mátalo
¿Con qué valor hablar de psicoanálisis?

Otro ha entrado a mi pecho con un palo en la mano
¿Hablar luego de Sócrates al médico?

Un cojo pasa dando el brazo a un niño
¿Voy, después, a leer a André Breton?

Otro tiembla de frío, tose, escupe sangre
¿Cabrá aludir jamás al Yo profundo?

Otro busca en el fango huesos, cáscaras
¿Cómo escribir, después, del infinito?

Un albañil cae de un techo, muere, y ya no almuerza
¿Innovar, luego, el tropo, la metáfora?

Un comerciante roba un gramo en el peso a un cliente
¿Hablar, después, de cuarta dimensión?

Un banquero falsea su balance
¿Con qué cara llorar en el teatro?

Un paria duerme con el pie a la espalda
¿Hablar, después, a nadie de Picasso?

Alguien va en un entierro sollozando
¿Cómo luego ingresar a la Academia?

Alguien limpia un fusil en su cocina
¿Con qué valor hablar del más allá?

Alguien pasa contando con sus dedos
¿Cómo hablar del no-yo sin dar un grito?

CONSIDERANDO EN FRÍO, IMPARCIALMENTE

que el hombre es triste, tose y, sin embargo,
se complace en su pecho colorado;
que lo único que hace es componerse
de días;
que es lóbrego mamífero y se peina...

Considerando
que el hombre procede suavemente del trabajo
y repercute jefe, suena subordinado;
que el diagrama del tiempo
es constante diorama en sus medallas
y, a medio abrir, sus ojos estudiaron,
desde lejanos tiempos,
su fórmula famélica de masa...

Comprendiendo sin esfuerzo
que el hombre se queda, a veces, pensando,
como queriendo llorar,
y, sujeto a tenderse como objeto,
se hace buen carpintero, suda, mata
y luego canta, almuerza, se abotona...

Considerando también
que el hombre es en verdad un animal
y, no obstante, me da con su tristeza en la cabeza...

Examinando, en fin,
sus encontradas piezas, su retrete,
su desesperación, al terminar su día atroz, borrándolo...

Comprendiendo
que él sabe que le quiero,
que le odio con afecto y me es, en suma, indiferente...

Considerando sus documentos generales
y mirando con lentes aquel certificado
que prueba que nació muy pequeñito...

le hago una seña,
viene,
y le doy un abrazo, emocionado.
¿Qué más da? Emocionado... Emocionado...

LA CÓLERA QUE QUIEBRA AL HOMBRE EN NIÑOS,

que quiebra al niño, en pájaros iguales,
y al pájaro, después, en huevecillos;
la cólera del pobre
tiene un aceite contra dos vinagres.

La cólera que al árbol quiebra en hojas,
a la hoja en botones desiguales
y al botón, en ranuras telescópicas;
la cólera del pobre
tiene dos ríos contra muchos mares.

La cólera que quiebra al bien en dudas,
a la duda, en tres arcos semejantes
y al arco, luego, en tumbas imprevistas;
la cólera del pobre
tiene un acero contra dos puñales.

La cólera que quiebra el alma en cuerpos,
al cuerpo en órganos desemejantes
y al órgano, en octavos pensamientos;
la cólera del pobre
tiene un fuego central contra dos cráteres.

CARA II
17'13" LOS MENDIGOS PELEAN POR ESPAÑA,

mendigando en París, en Roma, en Praga
y refrenando así, con mano gótica, rogante,
los pies de los Apóstoles, en Londres, en New York, en México.
Los pordioseros luchan suplicando infernalmente
a Dios por Santander,
la lid en que ya nadie es derrotado.
Al sufrimiento antiguo
danse, encarnízanse en llorar plomo social
al pie del individuo,
y atacan a gemidos, los mendigos,
matando con tan sólo ser mendigos.

Ruegos de infantería
en que el arma ruega del metal para arriba,
y ruega la ira, más acá de la pólvora iracunda.
Tácitos escuadrones que disparan
con cadencia mortal, su mansedumbre,
desde un umbral, desde sí mismos, ¡ay!, desde sí mismos.
Potenciales guerreros,
sin calcetines al calzar el trueno,
satánicos, numéricos,
arrastrando sus títulos de fuerza,
migaja al cinto,
fusil doble calibre: sangre y sangre.
¡El poeta saluda al sufrimiento armado!

HOMBRE DE EXTREMADURA,

oigo bajo tu pie el humo del lobo,
el humo de la especie,
el humo del niño,
el humo solitario de dos trigos,
el humo de Ginebra, el humo de Roma, el humo de Berlín
y el de París y el humo de tu apéndice penoso
y el humo que, al fin, sale del futuro.
¡Oh vida! ¡Oh tierra! ¡Oh España!
¡Onzas de sangre,
metros de sangre, líquidos de sangre,
sangre a caballo, a pie, mural, sin diámetro,
sangre de cuatro en cuatro, sangre de agua
y sangre muerta de la sangre viva!

Extremeño, ¡oh no ser aún ese hombre
por el que te mató la vida y te parió la muerte
y quedarse tan solo a verte así, desde este lobo,
cómo sigues arando en nuestros pechos!
¡Extremeño, conoces
el secreto en dos voces, popular y táctil,
del cereal!: ¡que nada vale tanto
como una gran raíz en trance de otra!

¡Extremeño acodado, representando al alma en su retiro,
acodado a mirar
el caber de una vida en una muerte!
¡Extremeño, y no haber tierra que hubiere
el peso de tu arado, ni más mundo
que el color de tu yugo entre dos épocas; no haber
el orden de tus póstumos ganados!
¡Extremeño, dejásteme
verte desde este lobo, padecer,
pelear por todos y pelear
para que el individuo sea un hombre,
para que los señores sean hombres,
para que todo el mundo sea un hombre, y para
que hasta los animales sean hombres,
el caballo, un hombre,
el reptil, un hombre,
el buitre, un hombre honesto,
la mosca, un hombre, y el olivo, un hombre
y hasta el ribazo, un hombre
y el mismo cielo, todo un hombrecito!

¡Luego, retrocediendo desde Talavera,
en grupos de a uno, armados de hambre, en masas de a uno,
armados de pecho hasta la frente,
sin aviones, sin guerra, sin rencor,
el perder a la espalda
y el ganar
más abajo del plomo, heridos mortalmente de honor,
locos de polvo, el brazo a pie,
amando por las malas,
ganando en español toda la tierra,
retroceder aún, y no saber
dónde poner su España,
dónde ocultar su beso de orbe,
dónde plantar su olivo de bolsillo!

Mas desde aquí, más tarde,
desde el punto de vista de esta tierra,
desde el duelo al que fluye el bien satánico,
se ve la gran batalla de Guernica.
¡Lid a priori, fuera de la cuenta,
lid en paz, lid de las almas débiles
contra los cuerpos débiles, lid en que el niño pega,
sin que nadie le diga que pegara,
bajo su atroz diptongo
y bajo su habilísimo pañal,
y en la madre pega con su grito, con el dorso de una lágrima
y en que el enfermo pega con su mal, con su pastilla y su hijo
y en que el anciano pega
con sus canas, sus siglos y su palo
y en que pega el presbítero con dios!
Tácitos defensores de Guernica,
¡oh débiles,
oh suaves ofendidos
que os eleváis, crecéis y llenáis de poderosos débiles el mundo!
¡En Madrid, en Bilbao, en Santander,
los cementerios fueron bombardeados,
y los muertos inmortales,
de vigilantes huesos y hombro eterno, de las tumbas,
los muertos inmortales, de sentir, de ver, de oír
tan bajo el mal, tan muertos a los viles agresores,
reanudaron entonces sus penas inconclusas,
acabaron de llorar, acabaron

de esperar, acabaron de sufrir, acabaron de vivir,
acabaron, en fin, de ser mortales!

Y la pólvora fue, de pronto, nada,
cruzándose los signos y los sellos,
y a la explosión salióle al paso un paso,
y el vuelo a cuatro patas, otro paso
y al cielo apocalíptico, otro paso
y a los siete metales la unidad,
sencilla, justa, colectiva, eterna.

ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ

Niños del mundo,
si cae España —digo, es un decir—
si cae
del cielo abajo su antebrazo que asen,
en cabestro, dos láminas terrestres;
niños, ¡qué edad la de las sienes cóncavas!
¡qué temprano en el sol lo que os decía!
¡qué pronto en vuestro pecho el ruido anciano!
¡qué viejo vuestro 2 en el cuaderno!

¡Niño del mundo, está
la madre España con su vientre a cuestas;
está nuestra maestra con sus férulas,
está madre y maestra,
cruz y madera, porque os dio la altura,
vértigo y división y suma, niños;
está con ella, padres procesales!

Si cae —digo, es un decir— si cae
España, de la tierra para abajo,
niños, ¡cómo vais a cesar de crecer!
¡cómo va a castigar el año al mes!
¡cómo van a quedarse en diez los dientes,
en palote el diptongo, la medalla en llanto!
¡Cómo el corderillo a continuar
atado por la pata al gran tintero!
¡Cómo vais a bajar las gradas del alfabeto
hasta la letra en que nació la pena!

Niños,
hijos de los guerreros, entretanto,
bajad la voz, que España está ahora mismo repartiendo
la energía entre el reino animal,
las florecillas, los cometas y los hombres.
¡Bajad la voz, que está
con su rigor, que es grande, sin saber
qué hacer, y está en su mano
la calavera, hablando y habla y habla,
la calavera, aquélla de la trenza,
la calavera, aquélla de la vida!
¡Bajad la voz, os digo;
bajad la voz, el canto de las sílabas, el llanto
de la materia y el rumor menor de las pirámides, y aun el de las
sienes que andan con dos piedras!
¡Bajad el aliento, y si
el antebrazo baja,
si las férulas suenan, si es de noche,
si el cielo cabe en dos limbos terrestres,
si hay ruido en el sonido de las puertas,
si tardo,
si no veis a nadie, si os asustan
los lápices sin punta, si la madre
España cae —digo, es un decir—
salid, niños del mundo; id a buscarla!...

LA RUEDA DEL HAMBRIENTO

Por entre mis propios dientes salgo humeando,
dando voces, pujando,
bajándome los pantalones...
Váca mi estómago, váca mi yeyuno,
la miseria me saca por entre mis propios dientes,
cogido con un palito por el puño de la camisa.

¿Una piedra en qué sentarme
no habrá ahora para mí?
¿Aun aquella piedra en que tropieza la mujer que ha dado a luz,
la madre del cordero, la causa, la raíz,
ésa no habrá ahora para mí?
¡Siquiera aquella otra,
que ha pasado agachándose por mi alma!
¡Siquiera
la calcárida o la mala (humilde océano)
o la que ya no sirve ni para ser tirada contra el hombre,
ésa dádmela ahora para mí!

¡Siquiera la que hallaren atravesada y sola en un insulto,
ésa dádmela ahora para mí!
¡Siquiera la torcida y coronada, en que resuena
solamente una vez el andar de las rectas conciencias,
o, al menos, esa otra, que arrojada en digna curva,
va a caer por sí misma,
en profesión de entraña verdadera,
ésa dádmela ahora para mí!

¿Un pedazo de pan, tampoco habrá ahora para mí?
Ya no más he de ser lo que siempre he de ser,
pero dadme,
una piedra en qué sentarme,
pero dadme,
por favor, un pedazo de pan en qué sentarme,
pero dadme
en español
algo, en fin, de beber, de comer, de vivir, de reposarse,
y después me iré...
Hallo una extraña forma, está muy rota
y sucia mi camisa
y ya no tengo nada,
esto es horrendo.

INTENSIDAD Y ALTURA

Quiero escribir, pero me sale espuma,
quiero decir muchísimo y me atollo;
no hay cifra hablada que no sea suma,
no hay pirámide escrita, sin cogollo.

Quiero escribir, pero me siento puma;
quiero laurearme, pero me encebollo.

No hay voz hablada, que no llegue a bruma,
no hay dios ni hijo de dios, sin desarrollo.

Vámonos pues, por eso, a comer yerba,
carne de llanto, fruta de gemido,
nuestra alma melancólica en conserva.

¡Vámonos! ¡Vámonos! Estoy herido;
vámonos a beber lo ya bebido,
vámonos, cuervo, a fecundar tu cuerva.

LOS HERALDOS NEGROS

Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... Yo no sé!

Son pocos, pero son... Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.

Y el hombre... Pobre... pobre! Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como charco de culpa, en la mirada.

Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!

PIEDRA NEGRA SOBRE UNA PIEDRA BLANCA

Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.

Me moriré en París —y no me corro—
tal vez un jueves, como es hoy, de otoño.

Jueves será, porque hoy, jueves, que proso
estos versos, los húmeros me he puesto
a la mala y, jamás como hoy, me he vuelto,
con todo mi camino, a verme solo.

César Vallejo ha muerto, le pegaban
todos sin que él les haga nada;
le daban duro con un palo y duro

también con una soga; son testigos
los días jueves y los huesos húmeros,
la soledad, la lluvia, los caminos...

MASA

Al fin de la batalla,
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre
y le dijo: "¡No mueras; te amo tanto!"
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Se le acercaron dos y repitiéronle:
"¡No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!"
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
clamando: "¡Tanto amor, y no poder nada contra la muerte!"
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Le rodearon millones de individuos,
con un ruego común: "¡Quédate hermano!"
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Entonces todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;
incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre; echóse a andar...